

MEMORIAS POLÍTICAS
DE M. POLO Y PEYROLÓN
(1870-1913)

Crisis y reorganización del carlismo
en la España de la Restauración

Con 47 cartas inéditas de don Carlos de Borbón
(Carlos VII)

COLECCIÓN HISTORIA BIBLIOTECA NUEVA
Dirigida por
Juan Pablo Fusi

JAVIER URCELAY ALONSO (Ed.)

MEMORIAS POLÍTICAS
DE M. POLO Y PEYROLÓN
(1870-1913)

Crisis y reorganización del carlismo
en la España de la Restauración

Con 47 cartas inéditas de don Carlos de Borbón
(Carlos VII)

BIBLIOTECA NUEVA

siglo xxi editores, s. a. de c. v.

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, **MÉXICO**, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

salto de página, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, **MADRID**, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

editorial anthropos / nariño, s. l.

DIPUTACIÓ, 266,
08007, **BARCELONA**, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

siglo xxi editores, s. a.

GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, **BUENOS AIRES**, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

biblioteca nueva, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, **MADRID**, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

POLO Y PEYROLÓN, MANUEL
Memorias políticas de M. Polo y Peyrolón (1870-1913) : crisis y reorganización del carlismo en la España de la Restauración / Javier Urcelay Alonso (introd. y ed.) — Madrid : Biblioteca Nueva, 2013.
423 p. ; 115 il. ; 24 cm
1. Memorias 2. Carlismo 3. Biografía 4. Historia 5. Política I. Polo y Peyrolón, Manuel II. Urcelay Alonso, Javier (introd. y ed.)
9 BG
929 B
32 JP
322 HRAM2

Cubierta: Gracia Fernández

Ilustración de la cubierta: Manuel Polo y Peyrolón fotografiado con don Carlos de Borbón y su esposa doña Berta.

© Javier Urcelay Alonso, 2013
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2013
Almagro, 38
28010 Madrid (España)
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-587-2

Edición digital

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal. El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

INTRODUCCIÓN, por Javier Urcelay Alonso	11
---	----

MEMORIAS POLÍTICAS DE MANUEL POLO Y PEYROLÓN

CAPÍTULO 1.—Mi vida política hasta 1891	23
CAPÍTULO 2.—Por primera vez candidato	31
CAPÍTULO 3.—En plena acción carlista	37
CAPÍTULO 4.—Elegido diputado en Cortes	43
CAPÍTULO 5.—El ínclito profesor Corbató y las primeras disensiones en el carlismo valenciano	51
CAPÍTULO 6.—Mi primer viaje a Loredán	59
CAPÍTULO 7.—Mi segundo viaje a Venecia en febrero de 1898	71
CAPÍTULO 8.—El motín de Badalona o el fracasado intento de alzamiento carlista	99
CAPÍTULO 9.—Actividad política hasta las elecciones de 1901	105
CAPÍTULO 10.—Elecciones de 1901	113
CAPÍTULO 11.—Mi tercer viaje al Real, en julio y agosto de 1901	117
CAPÍTULO 12.—1902 y 1903	143
CAPÍTULO 13.—El año 1904	155
CAPÍTULO 14.—El desempeño de la Jefatura Regional	159
CAPÍTULO 15.—Mi cuarto viaje al Real, en julio y agosto de 1904	167
CAPÍTULO 16.—Opiniones político-religiosas de don Jaime de Borbón	191
CAPÍTULO 17.—Difícil misión en <i>El Correo Español</i>	199
CAPÍTULO 18.—Tensiones con la Juventud Carlista y una carta de Gil Robles sobre el problema sucesorio	203
CAPÍTULO 19.—Actividad política valenciana en 1905	207
CAPÍTULO 20.—Disensiones y divisiones en el carlismo valenciano	215
CAPÍTULO 21.—Prosiguen los trabajos de fortalecimiento del partido. Publicación de <i>El Guerrillero</i> y reaparición del profesor Corbató	221
CAPÍTULO 22.—Decisiones políticas y alianzas controvertidas	227
CAPÍTULO 23.—Mi elección al Senado	235
CAPÍTULO 24.—Un disgusto con el jefe delegado, una asamblea nacional frustrada y un juicio sobre Mella	245
CAPÍTULO 25.—Continúa la labor de zapa contra mi Jefatura Regional. El rumor sobre la enfermedad de don Carlos	253

CAPÍTULO 26.—Últimas actividades como jefe regional y muerte de don Carlos	267
CAPÍTULO 27.—El misterio sobre el fallecimiento de Carlos VII	279
CAPÍTULO 28.—Sucesión en don Jaime. Mi sustitución en la Jefatura Regional	289
CAPÍTULO 29.—Un enojoso disgusto con la familia real proscrita	297
CAPÍTULO 30.—El año 1910	303
CAPÍTULO 31.—Situación del carlismo en España en 1911	313
CAPÍTULO 32.—El año 1912	329
CAPÍTULO 33.—Maniobras para desplazar a Feliú como jefe delegado. Una colosal carta doctrinal de Mella	333
CAPÍTULO 34.—Los efectos de la carta y la actitud de Mella	353
CAPÍTULO 35.—Odio africano contra doña Berta. ¿Traición o fracaso?	361
CAPÍTULO 36.—Final de 1913. El antagonismo entre Mella y don Jaime	373
CAPÍTULO 37.—Últimos actos de mi carrera política	379
APÉNDICE.—Correspondencia inédita de don Carlos de Borbón dirigida a Manuel Polo y Peyrolón	389

A ese puñado de españoles que siguen defendiendo en nuestros días la fe católica frente al relativismo nihilista, la tradición nacional frente a la pérdida de la propia identidad, la sociedad civil amparada por el principio de subsidiariedad frente al absolutismo del Estado y la monarquía representativa frente a la partitocracia coronada o de gorro frigio, que son los principios encarnados en la vieja bandera carlista de Dios, Patria, Fueros y Rey.

A mi hermano Jaime, incansable apóstol de la acción social cristiana.

JAVIER URCELAY



D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Jefe regional de Valencia,
Catedrático del Instituto y Senador del Reino por dicha provincia.

Introducción

Manuel Polo y Peyrolón, catedrático, escritor, publicista, político y senador del reino, es por derecho propio, y a pesar de los interesados olvidos hoy impuestos por el reduccionismo cultural dominante, una figura destacada del panorama intelectual español de la última década del siglo XIX y primera del siglo XX.

Nacido el 11 de junio de 1846 en Cañete (Cuenca) pero enraizado en Gea de Albarracín (Teruel), estudió Derecho y Filosofía en las universidades de Valencia y de Madrid respectivamente, enseñando Metafísica en el curso 1868-1869 en la primera de ellas. Poco después, en 1870 y contando solo con veinticuatro años, ganó por oposición la cátedra de Instituto de la asignatura de Psicología, Lógica y Ética, que impartió primero en el Instituto de Teruel y más tarde, desde 1879, en el Instituto de Valencia. Fue en esta última ciudad donde residió la mayor parte de su vida y donde desarrolló su labor intelectual y política, hasta el punto de haber sido considerado «el mejor defensor de la identidad tradicional valenciana».

Fruto de su actividad docente son una serie de manuales académicos —*Elementos de psicología* (1879), *Elementos de lógica* (1880), *Elementos de Ética* (1880); *Elementos de Ética o Filosofía Moral* (1882), *Elementos de Filosofía Moral* (1889), *Lógica elemental* (1902) y *Ética elemental* (1902)—, de orientación claramente neotomista, que gozaron de éxito en su tiempo y se utilizaron durante años en diversos institutos de todo el país. Consecuencia también de esta docencia fue su interés por la pedagogía y los problemas de la enseñanza en España, que tendría ocasión de poner de manifiesto en sus escritos y sobre todo en su oposición a las doctrinas pedagógicas del krausismo entonces en alza y en sus intervenciones parlamentarias como senador. Su propuesta de un modelo filosófico, político y pedagógico desde un enfoque tradicional y católico ha sido recientemente objeto de una interesante tesis monográfica a cargo del profesor Roberto Sanz Ponce, de la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir.

Desde su primera obra narrativa publicada en 1873, Manuel Polo y Peyrolón sintió una profunda vocación literaria, que hizo de él uno de los principales publicistas católicos y escritores costumbristas de su generación. De su pluma salieron pequeños cuentos moralizantes, novelas de mayor extensión y narraciones de sabor popular, ambientadas casi siempre en su comarca natal de la Sierra de Albarracín,

que forman hoy parte esencial del patrimonio etnográfico y filológico de aquellas tierras. Entre sus obras de ficción destaca *Los Mayos*, unánimemente considerada su mejor novela. Junto a todo ello, mantuvo una rica correspondencia con diversos escritores y polígrafos de su tiempo, como Pereda, Menéndez Pelayo o Emilia Pardo Bazán, de gran interés para la historia de nuestra literatura y que ha sido dada a conocer a lo largo de los últimos años. A su vida y extensa producción literaria, que hace de Polo y Peyrolón una figura destacada de nuestro realismo costumbrista decimonónico —lo que le ha valido el apodo de «el Pereda de los Montes Universales»—, dedicó su tesis doctoral la profesora María Teresa Lanzuela Corella en la UNED en 1987, que nos exime de repetir aquí lo que ella ya dejó escrito. Otros trabajos más recientes se han dedicado a aspectos parciales de su obra, especialmente a cargo de estudiosos del Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín.

Fue, sin embargo, su faceta como apologista o publicista católico la que acaparó la mayor parte de la prolífica obra impresa de Polo, y la que le mereció la condecoración con la cruz *Pro Ecclesia et Pontifice* concedida por el papa León XIII.

Su variedad de temas abarca desde una refutación pionera a las entonces nuevas ideas evolucionistas propuestas por Darwin —a pesar de que la Pardo Bazán le acusara en ello de haberla plagiado—, hasta indagaciones sobre el origen de la Masonería española, la crónica de la peregrinación nacional a Tierra Santa o las biografías de León XIII o María Cristina de Saboya. Apenas hubo marasmo doctrinal, debate público o cuestión controvertida que tuviera relación con la visión católica de la vida que Polo no abordara en esos innumerables folletos, que muchas veces financiaba de su propio pecunio y otras se convertían en verdaderos éxitos editoriales. A estas facetas u otras de su pensamiento, en las que no podemos detenernos, han dedicado estudios y trabajos recientes autores como María Vicenta Mestre Escrivá y colaboradoras, Paula Lázaro Izquierdo o José María de Jaime Loren.

Pero fue, con todo y con eso, la consagración a la causa política del carlismo la que dio perfiles más originales a la personalidad de Polo y Peyrolón, una causa que mamó desde su más tierna infancia —al punto de aprender a leer en periódicos carlistas celosamente conservados por su padre, como el mismo señala—, y que no abandonaría en cuanto a su manera de pensar —aunque sí ya en su militancia activa— hasta su fallecimiento.

Sin esposa, hijos ni familiares cercanos, Polo y Peyrolón legó su biblioteca al Instituto de Teruel —como también su colección de lepidópteros de la Sierra de Albarracín—, entregando en cambio su archivo documental a la Real Academia de la Historia, que lo había acogido como correspondiente. En sus archivos se guarda, desde 1920, una extensa y valiosa colección de 44 legajos de documentos (signatura: 9/7865-7908), compuestos de correspondencia personal de gran valor, autógrafos de literatos y personajes célebres, recortes de prensa, folletos de diverso tipo y nueve imponentes tomos de sus *Memorias de un Sexagenario*, pacientemente mecanografiadas —en una máquina, por cierto, regalo de su rey Carlos VII—, y divididas en lo que fueron sus distintas «vidas»: su vida literaria, su vida apostólica y su vida política.

Aparte de la ya citada tesis doctoral de la profesora Lanzuela, centrada en la faceta literaria de Polo y Peyrolón y en la parte de sus *Memorias* correspondiente a ella, la documentación del archivo permanece fundamentalmente inédita, y muy en particular en lo que se refiere a su vida política, con solo incursiones esporádicas en la misma a cargo de uno u otro estudiosos, siempre coincidentes en señalar el interés de la misma. Es de resaltarse en este sentido el comentario hecho, en el ya lejano 1959, por el magistrado del Tribunal Supremo Luis Cortés Echánove, quien en el preámbulo de la publicación por parte de Jaime de Carlos Gómez-Rodulfo de las *Cartas inéditas de Carlos VII*, localizadas en los archivos de los descendientes de don Matías Barrio y Mier, señalaba la existencia de otras cartas desconocidas del mismo don Carlos entre los documentos de Polo: «La Real Academia de la Historia guarda también las cartas que dirigiera al varias veces Senador Don Manuel Polo y Peyrolón quien, juntamente con unos cuadernos por este escritos con el título *Mi vida política*, las legó a la docta Corporación. Yo obtuve, en 1944, permiso especial para leer, en la misma Academia, este legado que permanece inédito.»

Se trata de 47 «autógrafos» o cartas de don Carlos dirigidos a Manuel Polo y Peyrolón entre 1895 y 1907 y que permanecían desconocidos hasta la fecha. En ellos, junto a cuestiones más anecdóticas —que encuentran su contexto adecuado en las *Memorias* de Polo— se hallan algunos datos de interés biográfico para conocer los sentimientos del monarca carlista, como las relativas a la enfermedad de don Jaime (cartas número 17, 18 y 19) o al fallecimiento de su madre (carta número 34), la archiduquesa María Beatriz, por la que don Carlos sentía verdadera veneración, así como puntos de vista sobre diversas cuestiones de actualidad. Particular importancia tiene la carta número 4, redactada en Venecia el 4 de mayo de 1900 y que bien podría considerarse un prólogo a sus escritos u obras completas, si tal cosa pudiera algún día publicarse, redactado de su puño y letra por el propio don Carlos. Volviendo la mirada sobre sus escritos y manifestaciones a lo largo de los 32 azarosos años de su pretensión a los derechos dinásticos —entre la Revolución del 68 y ese 1900 en que dirige la carta a Polo con motivo de la recopilación por este de sus autógrafos— y de asumir las responsabilidades que por la cuna y la historia le correspondían, don Carlos proclama su lealtad a los principios imperecederos que defendió en el campo de batalla y en el exilio, su profundo sentido del deber y su confianza en la capacidad de regeneración de la vieja España. Confío en que esta carta adquiera la difusión que merece por la vigencia de su contenido, y por lo que tiene de manifestación de un patriotismo al que los españoles debiéramos volver si alguna vez quisiéramos reencontrarnos con nuestra pasada grandeza.

El presente libro saca a la luz ahora, por primera vez, las *Memorias Políticas* de don Manuel Polo y Peyrolón, es decir, los tomos 4, 5 y 6 de esas *Memorias de un Sexagenario* que su autor dedicó a su «vida política», así como esas cartas de Carlos VII leídas por Cortés Echánove. Se pone así fin a prácticamente «cien años de soledad» —las *Memorias Políticas* fueron acabadas de escribir en 1913— en los que este testimonio y esos documentos han estado esperando en los archivos de la Academia a ser desempolvados. Y se cumple así el deseo implícito de su autor,

quien, si bien no quiso publicar en vida sus *Memorias* ni las escribió para este fin, contó siempre con que algún día alguien las leería. Así lo afirma al señalar en ellas que «esto se escribe para la historia y para después de mi muerte» y, más expresamente aún cuando, al escribir el 13 de octubre de 1911, afirma que las *Memorias* no están destinadas para la imprenta y que, después de muerto, «bueno será para la historia que la pura verdad, sin eufemismos, quede consignada en papeles que pudieran leerse, aunque nadie los lea».

Las *Memorias Políticas* de Polo y Peyrolón abarcan un período particularmente interesante de la historia del carlismo, el comprendido entre 1870 y 1913, si bien más propiamente su comienzo habría que situarlo en 1880, cuando Polo saca la cátedra del Instituto de Valencia y traslada su residencia a la capital del Turia.

Tras la derrota militar en la última guerra y el paso de los combatientes a Francia en 1876, el carlismo inició un período de comprensible declive que estuvo a punto de conducir a su desaparición. A la frustración de la derrota y la dureza del exilio y la represión interior, se unieron el abandono de muchos *neos* que se habían acercado al legitimismo después de la Gloriosa y que habían rechazado la guerra, la escisión integrista protagonizada por Nocedal —que en 1888 desgajó de la disciplina carlista a muchos de los elementos más instruidos del carlismo, incluyendo una parte importante de la prensa y del clero que lo apoyaba— y los cantos de sirena de la Unión Católica que, bajo las directrices del *ralliement* impulsado por León XIII y las consignas del episcopado, pretendió unir a los católicos bajo las instituciones canovistas. Tampoco los devaneos del propio don Carlos, separado de su esposa y alejado de su hogar familiar, ayudaban mucho a la popularidad de su causa.

El nombramiento del marqués de Cerralbo como delegado de don Carlos en España, en 1890, supuso una progresiva inversión de la tendencia. A través de una incansable actividad propagandística y la proliferación de nuevas formas de acción política —basada en los círculos y casinos, los *aplechs* y los mítines al aire libre, las celebraciones de las solemnidades del particular calendario carlista, etc.— el carlismo inició un proceso de modernización política que le dotó de una sólida organización interna y le permitió reconectar con los intereses sociales, progresivamente desenganchados de los partidos dinásticos en los que se apoyaba el régimen.

La oportunidad se presentó pintiparada en la gran crisis nacional finisecular que desembocó en la pérdida de Cuba y las islas Filipinas. El carlismo entró en efervescencia y volvió a pensar por un momento que reverdecerían sus laureles y el triunfo se le ponía al alcance de la mano. El historiador norteamericano Turnbull White escribió en 1898, al hilo mismo de los acontecimientos, un párrafo muy significativo al respecto:

Que la dinastía actual dure cuando se consideran todos los males que padece España parece difícil de creer. Salvo que ocurra un milagro, o las potencias levanten el trono del pequeño rey, el pueblo es probable que se vuelva hacia don Carlos para buscar alivio. Hay quien cree que también el republicanismo está rampante y

que la agitación carlista enmascara las doctrinas republicanas, y que Weyler será un dictador. Puede ser. Pero don Carlos parece más cercano al trono de lo que lo ha estado nunca antes a lo largo de su carrera¹.

Sin embargo, una vez más las impaciencias, las indiscreciones, la falta de recursos y, en este caso, muy señaladamente, la indecisión del propio don Carlos malograron una oportunidad histórica que hubiera cambiado los destinos de España y del tradicionalismo político español.

El mazazo de la oportunidad perdida fue casi equivalente a lo que dos décadas antes había supuesto la derrota militar. El pesimismo, la frustración y el abatimiento volvieron a posesionarse de las masas y los cuadros del partido carlista, con su gangrena inevitable de divisiones internas, personalismos y toda la secuela que suele acompañar a las causas en horas bajas.

Tuvieron que pasar varios años para que volvieran a levantarse los ánimos, fenómeno al que no fue en absoluto ajena la propia colaboración de las medidas laicistas adoptadas por los gobiernos liberales, que encendieron el espíritu de defensa de las masas católicas y de una parte importante de los sectores sociales más conservadores. Como expresivamente afirmaba el propio Polo, Canalejas hizo más por el carlismo que decenas de mítines y folletos de propaganda.

Este renacer del carlismo coincidió con el declive personal de don Carlos, quien apenas logró recuperar su imagen y ascendente sobre el partido después de su espantada en los momentos críticos, y con el ascenso de la nueva figura de su hijo don Jaime, quien, apoyado por algunas de las notabilidades más destacadas del partido, parecía representar la nueva energía y retorno a la escena política.

Fueron años de fracturas y de recomposiciones, de tensiones entre los viejos tics del partido —como su inveterada tendencia a echarse al monte— y el posibilismo derivado de la constatación de una nueva realidad social a la que era preciso adaptarse. Años de debilitamiento de la antigua firmeza ideológica —«todos estamos de una forma u otra contaminados de liberalismo», afirmó el propio Polo— derivado tanto de la fatiga de un siglo de oposición a la Revolución como de una disposición creciente de la jerarquía eclesiástica a aceptar los hechos consumados, incluido el régimen liberal.

Todo este período, que cubre prácticamente treinta años de vida del partido carlista y de historia nacional, es el telón de fondo de las *Memorias Políticas* de Polo y Peyrolón, testigo privilegiado en ocasiones y protagonista de primera mano en otras de un acontecer que, a la vez que turbulento y fascinante, resulta de los menos conocidos dentro de más de ciento cincuenta años de historia de esa guadiana de la política española que es el carlismo.

Las *Memorias* de Polo muestran los avatares descritos desde el ángulo de la política nacional, algunas veces, y desde su reflejo en la política valenciana otras

¹ Turnbull White, *Pictorial History of Our War with Spain for Cuba's Freedom*, Nueva York, Freedom Publishing Co., 1898.

muchas, lo cual no quita interés general a lo en ellas escrito, en parte porque lo nacional y lo regional iban en buena medida de la mano, y en parte porque fue precisamente la región valenciana la que en aquellos años se distinguió por tener un carlismo con mayor respaldo popular y mejor organizado.

La dialéctica entre los mestizos y los carlistas puros, los intentos de unión de los católicos —a través de los congresos y los círculos de obreros católicos, la Liga y la Unión Católica—, la reorganización del partido bajo la primera dirección de Cerralbo, la crisis finisecular derivada de la pérdida de las colonias, el alzamiento frustrado y la gran ocasión perdida, el nacimiento de los regionalismos nacionalistas o los orígenes de la escisión mellista son algunos de los capítulos sobre los que las *Memorias* ofrecen nuevos datos y destellos de luz, que ayudarán a comprender mejor causas, efectos y protagonistas.

Junto a ello, las *Memorias* de Polo ofrecen otro punto de particular interés, constituido por la crónica detallada de sus cuatro «visitas al Real», es decir, las cuatro ocasiones en las que visitó a don Carlos y convivió con él durante semanas, accediendo a su intimidad y permitiéndole describir aspectos de la vida cotidiana de un personaje que es, para los carlistas de todos los tiempos, una especie de leyenda artúrica. Estoy seguro que solo por esas páginas —que inevitablemente nos recuerdan esos *Veinte años con don Carlos* escritos por quien fuera secretario y confidente del duque de Madrid, Francisco Martín Melgar— muchos lectores considerarán que merecían estas *Memorias* pasar por la imprenta.

Las *Memorias* de Polo tienen notables méritos, y también algunos defectos que no pasarán desapercibidos al lector. Entre los primeros destaca su calidad literaria, pues no en vano están escritas por «un profesional de la pluma», es decir, por un consumado literato que, dentro de su estilo decimonónico tan apartado en ocasiones del gusto actual, brilló con luz propia en el panorama de las letras de su tiempo. En este sentido se trata de unas *Memorias* escritas con agilidad, con sentido del ritmo y con la pericia de quien conoce las técnicas narrativas.

Es otra ventaja el que, como hemos señalado, las *Memorias* se escribieran sin intención de que fueran publicadas en vida del autor, lo que permite una crudeza en los juicios sobre las personas y en la forma de valorar los acontecimientos muy distante de lo que hoy llamaríamos la corrección política. No cabe duda de que el carácter reservado de las *Memorias*, al no estar directamente destinadas a su publicación, permitieron a su autor lavar en ellas muchos trapos sucios, que a veces desdoran de manera injusta la imagen del carlismo al que el propio Polo sirvió con fe inquebrantable.

Ese mismo relato sin eufemismos ni temor al qué dirán se torna así a veces, sin pretenderlo, en contra de su propio autor, cuyos móviles íntimos quedan también al desnudo en algunos episodios.

Don Manuel Polo y Peyrolón no tenía un carácter fácil. Su generoso idealismo inicial fue progresivamente amargándose y volviéndose pesimista a medida que fue cosechando fracasos y desengaños, todo lo cual se acentuó en el tramo final de su vida, cuando, faltando ya don Carlos, tuvo la sensación de que nadie —ni don

Jaime, ni Mella ni los prohombres del carlismo entonces en el machito— valoraba suficientemente lo que había hecho ni sus aportaciones a la causa.

El arco de sus decepciones empezó apenas nombrado jefe regional de Valencia y acabó prácticamente con el final de su mandato. Su forma de acceder al cargo, haciendo valer tras bambalinas su influencia sobre don Carlos, le granjeó la animosidad del grupo intelectualmente más valioso del carlismo levantino, que a partir de ese momento le negó la colaboración debida. Años después, al final de una etapa de indudables sacrificios personales por la causa, a la hora de revalidar su mandato, la aceptación por parte del entorno de don Jaime de una renuncia que Polo había presentado con mera intención protocolaria le generó un cierto resentimiento contra Mella, Cerralbo e incluso su propio amigo Melgar. Ello lo llevó a quedarse solo y al margen de la nueva etapa que emprendía el carlismo, transformado ahora en jainismo. Polo se acogió a una interpretación sobre la presunta traición de Cerralbo y Mella, y sobre el papel de doña Berta en los últimos días de don Carlos, que no fue compartida por la mayoría del partido y que hoy la historia pone en entredicho.

El propio Polo se describe como «por temperamento, de natural intolerante y más bien agrio», hasta el punto de considerar que «hubiera podido inclinarme hacia los integristas». Huérfano prematuro, soltero y aquejado de cierta misantropía—acentuada a la pérdida de la tía que hizo el papel de madre sustitutiva—, los últimos capítulos de las *Memorias* muestran ciertamente a un Polo desengañado y con ciertas dosis de resentimiento, que inevitablemente se reflejan en su enjuiciamiento de situaciones y personas.

Esta acritud de don Manuel en la época en que redacta sus *Memorias Políticas*, concluidas cuando tenía sesenta y siete años, es la razón por la que muchas veces los personajes que desfilan por sus *Memorias*—figuras del tradicionalismo valenciano como Simó, Martín Mengod, Llorens, etc., o incluso personalidades del partido a nivel nacional, como los propios Mella o Cerralbo— aparecen en escorzo y víctimas de un manifiesto exceso crítico. Nadie parece suficientemente meritorio o digno de elogio para un observador al que con frecuencia traiciona su propia subjetividad, aunque haga enérgica declaración de lo contrario. Y así el conjunto ofrece un resultado general desmitificador, del que pocos se salvan—quizá sean don Carlos, Barrio y Mier y «el bueno de Feliú» los pocos que lo consigan— y que en conjunto hace poca justicia a las figuras del carlismo de fin de siglo. Se trata de un balance sesgado por pesimista porque, si el carlismo de tiempos de la Restauración no estuvo constituido por santos y héroes sin mácula—como no lo está ninguna obra humana—, contó sin embargo con un plantel de esforzados y beneméritos varones mucho más dignos de consideración y admiración de lo que el autor de las *Memorias* deja traslucir. El caso de Manuel Simó, mártir en el año 1936 de la posición católica comprometida que sostuvo toda su vida, es solo uno y acaso el mejor ejemplo.

El filósofo José Gaos, quien tuvo a don Manuel como profesor en las postrimerías de su actividad docente, lo recuerda como un «vejete cascarrabias». Basta asomarse a sus *Memorias* para percibir en el Polo maduro esa cierta indisposi-

ción contra el mundo, que fue resultado tanto de su temperamento intraquedente como de las contrariedades a las que tuvo que hacer frente en su vida política. De ellas su mayor cruz procedió de lo que él llamaba la «trinidad rebelde», formada por las personalidades del carlismo valenciano —Simó, Llorens, Castillo y sus partidarios— que no aceptaron su jefatura y le hicieron la vida imposible. Fue un conflicto en parte causado por las propias tensiones internas que latían dentro del carlismo entre legitimistas y posibilistas (algunos de los cuales evolucionarían a posiciones democratacristianas), y en parte atribuible a los propios errores de Polo, que el lector descubrirá al leer los avatares de su vida política, y que sus rivales de dentro del propio partido nunca le perdonaron; así, por ejemplo, la forma poco elegante y poco «democrática» —por usar lenguaje de hoy— como accedió a la Jefatura regional; sus actuaciones ante don Carlos, que le granjearon primero el mote de «la Ninfa Egeria de Loredán» y le produjeron un roce con Barrio y Mier más tarde; la manera como logró el acta de senador pactando en secreto con el partido conservador, a través de una interpretación oportunista e interesada de la teoría del mal menor que había rechazado hasta entonces, o su distinto rasero a la hora de entender la disciplina y la participación en las tareas del partido cuando estaba en el cargo o cuando fue sustituido en el mismo. Otros episodios reflejan algunas formas de actuación al frente del partido que se comprende no fueran del gusto de sus detractores. Véase, por ejemplo, su manera de obrar con motivo del gran mitin de Burriana de 1908 o su justificación de su no asistencia al entierro de don Carlos. En algunos de estos aspectos una mayor autocrítica, o la aplicación de la misma indulgencia a sus adversarios, hubieran ayudado a suavizar muchas de las fricciones que amargaron sus días.

Sus adversarios internos acusaron a Polo de ejercer una jefatura autoritaria, de querer controlar todo y de una actitud intransigente ante las iniciativas ajenas. Es posible que algo de ello fuera cierto, aunque en él se mezclara con un sincero afán de mantener la autonomía y disciplina interna del carlismo valenciano, en momentos en los que las fuerzas centrífugas amenazaban su propia identidad y subsistencia. Si el carlismo se mantuvo como fuerza política en la región valenciana, le debe mucho a Polo, quien evitó su disolución en la Liga, la Unión Católica u otras formas de colaboración con supuestos afines que la historia ha demostrado a qué puertos condujeron.

En este sentido, la actuación política de Polo y Peyrolón estuvo determinada por unas líneas de fuerza muy claras:

- La lucha contra el liberalismo, y específicamente contra el liberalismo católico representado por los llamados «mestizos» o «unionistas».
- La defensa de los intereses de la Iglesia frente a las leyes laicistas y anticlericales promovidas por Sagasta, Canalejas y Romanones en el gobierno central y por los blasquistas y republicanos en la región valenciana.
- La atención a la naciente cuestión obrera y la necesidad de evitar la atracción de las masas trabajadoras hacia el socialismo y el republicanismo.

- La defensa de la legitimidad dinástica, tanto frente a la pretensión de reconocimiento fáctico de las instituciones de la monarquía alfonsina como en lo referente a la postura de don Jaime a la sucesión de su padre.

En todos estos temas, Polo adoptó posiciones de intransigencia, en momentos en los que los perfiles del carlismo amenazaban con desdibujarse al conjuro de los tiempos y la evolución social.

Hay, por otra parte, que reconocer también la extraordinaria dedicación y sacrificio personal con los que Polo se consagró a la causa, y la lucidez con la que vio venir muchos de los problemas que se hicieron evidentes posteriormente. Y ello a pesar de que, ancladas en posiciones cercanas al integrismo, algunas de sus ideas hayan envejecido mal y perdido su vigencia con el advenimiento de las nuevas realidades sociales. En ese aspecto, la propia evolución política posterior del carlismo —y no me refiero, lógicamente, a su adulteración en tiempos de don Carlos Hugo— ha dejado de lado bastantes de las posiciones que Polo defendió con firmeza en su tiempo.

Todos estos comentarios no son óbice —antes al contrario, dan su color humano— para el interés de unas *Memorias* sobre un período particularmente interesante de la casi bicentenaria historia carlista; un período en el que, en el ámbito regional, emergieron corrientes regionalistas e iniciativas en el terreno de la acción social católica que llevarían al carlismo en su evolución a convertirse, un par de decenios más tarde, en el núcleo aglutinador del conjunto de la derecha valenciana durante la Segunda República, y un período en el que el debate político interno resultó particularmente rico, como puede verse en algunas cartas incluidas en las *Memorias*, como las de Enrique Gil Robles sobre la cuestión sucesoria o la de Vázquez de Mella sobre el cesarismo y la concepción del poder del rey en la monarquía tradicional.

Antes de acabar esta introducción, es preciso hacer unas pequeñas advertencias sobre mi papel respecto al texto que ahora ve la luz, más allá de haberlo acompañado con las fotografías y las notas a pie de página.

La primera se refiere a la fidelidad del mismo al original, que solo ha sido alterado en cuestiones formales menores, y desde luego nunca en su sentido. Los cambios introducidos han tratado de eliminar algunos modismos hoy más trasnachados, acertado algunas frases o eliminado algunas reiteraciones. Igualmente se han suprimido algunos episodios de poco interés, así como la mayor parte de los numerosos recortes de prensa y otros documentos intercalados en el texto, salvo los considerados indispensables. En lo posible he hecho constar estas supresiones en las partes correspondientes, y se ha indicado en las notas al pie dónde pueden encontrarse los textos eliminados en el original mecanografiado que se conserva en los archivos de la Real Academia de la Historia. En algún caso se ha alterado el orden de algún capítulo, creado alguno nuevo o puesto título diferente a alguno, con el ánimo de ordenar mejor cronológicamente la narración y dar indicación más precisa del contenido de cada parte.

Soy consciente de que las *Memorias Políticas* de Polo son solo una parte de la peripecia vital del personaje con el que el lector está a punto de encontrarse casi un siglo después de que dejara este mundo. La plena valoración de su rica personalidad y de su aportación intelectual multifacética exigiría poner este texto en yuxtaposición por lo menos a las dos otras partes de sus *Memorias* —las que abarcan su faceta como escritor y su actividad apostólica— y probablemente también a su producción literaria y al resto de los documentos personales que se encuentran en los legajos que donó a la Academia. La tarea resultaría ímproba y, para mí, inabordable, por lo que me limito a señalar esta limitación insalvable de la tarea que he acometido.

Al morir don Manuel Polo y Peyrolón en su casa de Valencia el 28 de marzo de 1918, el diario *ABC* de Madrid publicó el día 30 una escueta necrológica: «En Valencia ha fallecido el senador del Reino y catedrático de Psicología del Instituto de aquella capital, don Manuel Polo y Peyrolón. Fue notable publicista y constantemente, en la Alta Cámara, en la Prensa, en la tribuna y en la cátedra defendió los principios de la moral cristiana. Durante mucho tiempo fue jefe provincial y regional del tradicionalismo, pero ahora permanecía alejado de la política, en la que tuvo muchas contrariedades. Descanse en paz el ilustre finado.»

Fue esta defensa de unos principios y de una verdad política la que, más allá de los vicios apuntados, fue norte y guía permanente de la vida de Polo y Peyrolón y de su actuación pública. A ella consagró su existencia y es de justicia que su labor en pro de esa causa de la Religión y la Patria no sea olvidada.

Ese ha sido nuestro objetivo con la publicación de sus *Memorias*.

JAVIER URCELAY ALONSO

Principales obras de Manuel Polo y Peyrolón

Varias de estas obras conocieron distintas ediciones, con modificaciones a veces en su título y contenido, lo que dificulta su catalogación.

Realidad poética de mis montañas. Costumbres de la Sierra de Albarracín (1873).

Los Mayos, novela de costumbres aragonesas (1879).

Elementos de Psicología (1879).

Elementos de Lógica (1880).

Elementos de Filosofía Moral (1880).

Supuesto parentesco entre el hombre y el mono (1881).

Sermones al aire libre (1881).

Guía de Tierra Santa (1882).

Borriones ejemplares (cuentos) (1883).

Bocetos de brocha gorda (cuentos) (1884).

Matrimonio civil, o Sacramento y concubinato (novela) (1884).

Por París a Suiza (1886).

Solita o amores archiplatónicos (1886).

Vida de León XIII (1888).

Quién mal anda, ¿cómo acaba? (novela) (1890).

Seis novelas cortas (1891).

Páginas edificantes (cuentos morales) (1891).

Pepinillos en vinagre (artículos satíricos) (1891).

Hojas de mi cartera de viajero (1892).

Manojico de cuentos (1895).

Don Carlos, su pasado, su presente y su porvenir (1898).

Intervención de la Masonería en los desastres de España (1899).

Discursos académicos (1891).

Autógrafos de don Carlos (1900).

Vida y virtudes de la V. Cristina de Saboya (1902).

Pacorro (novela, 1905).

El Guerrillero (1906).

La madre de don Carlos (1906).

Anarquía fiera y mansa (1908).
Don Carlos de Borbón y Austria-Este. Su vida, su carácter y su muerte (1909).
Alma y vida serrana, costumbres populares de la Sierra de Albarracín (serie de cuentos) (1910).
Menéndez y Pelayo (1912).
Memorias de un Sexagenario (inéditas).

Además de estas obras, Polo y Peyrolón publicó una serie de folletos apolég-
ticos de expresivos títulos:

Elogio de santo Tomás de Aquino (1880).
El cristianismo y la civilización (1881).
¿Hay acaso Providencia? (1894).
Burgueses y proletarios (1894).
Ligera exposición doctrinal del Credo Católico-Tradicionalista (1894).
Las malas lecturas (1894).
Pan y catecismo (1894).
El anarquismo (1894).
El trabajo y el salario (1894).
Errores y horrores contemporáneos (1894).
¡Pícaros frailes! (1894).
El liberalismo por dentro (1894).
Libertades de perdición.
El liberalismo católico sin comentarios.
La limosna.
Credo y programa del partido carlista (1905).
Regionalismo y Solidaridad (1907).